

bloques geográficos. Abarca en general a toda la región, pueblo por pueblo, y con frecuencia se extiende a toda España como poso ancétrico de las consabidas desavenencias tribales celtibéricas. No es solo entre Badajoz y Cáceres, sino también entre pueblos de entrambas provincias donde se da este antagonismo que, si se redujera a los límites de una discreta rivalidad, sería positivo por lo que tiene de emulación, pero que llevado a puntos exagerados posee un nefasto germen destructivo. Una prueba de lo que venimos diciendo es que son muchas las cabezas pensantes de Cáceres y de Plasencia—en otro lugar de este número viene una muestra de ello—que hubieran preferido el emplazamiento de la Universidad en Mérida, que no pertenece a la provincia de Cáceres, pero que reúne condiciones de carácter geográfico e histórico que ninguna otra de las poblaciones extremeñas atesora.

Considerado el funesto efecto que en todo el planeta se está observando que da la excesiva masificación universitaria, esperamos que las autoridades nacionales que habrán de hacer el papel de árbitros y definidores en este asunto, se inclinen por la solución ecléctica de una universidad compartida, aun dando a las ciudades más populosas las concesiones que la demografía reclame, pero sin olvidar que no es la concentración demográfica el único factor a tener en cuenta. Repetimos lo dicho en un artículo publicado en el diario «Extremadura» hace semanas. El legislador que mencionó específicamente la ubicación fija de las nuevas Universidades creadas —Santander, Córdoba— al llegar a estas tierras no citó una población determinada, sino que habló de la UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA, subrayando el carácter de amplia regionalidad que este establecimiento —fuera o no hispanoamericano—habría de tener.

Cuando estas líneas se escriben aún no hay nada resuelto en orden a la definitiva materialización de la idea. Pero esta idea ha pasado ya por las fases de propósito y de mandato, aunque todavía no haya tomado cuerpo tangible. No creemos que este fasto tarde mucho en producirse. Entretanto sabemos—y esta es nuestra máxima tranquilidad y satisfacción—que Extremadura tendrá, tiene ya, y ya es hora de que pudiéramos hablar así, su Universidad, cesando el vergonzoso tributo intelectual que nuestras provincias han venido pagando siglo a siglo a otras ciudades más afortunadas. Si en el pasado esta situación pudo ser tolerada, caece ya de la más mínima justificación en el presente, y no hace falta ni mencionarlo, en el futuro.

## Ensayos de historia

# Hernán Cortés y el árbol de la noche triste

Por Ángel DOTOR



UN gran pensador contemporáneo, no hace mucho desaparecido, afirmó que en ninguna parte como junto al árbol nos sentimos a solas con lo absoluto, y únicamente en el bosque advertimos palpitar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal. El culto al árbol, bien patentizado en épocas remotas, fue en parte desapareciendo hasta llegar a convertirse en verdadera dendroclasia, o sea franco afán destructor, que muchas veces no responde a mera intención utilitaria. Son harto conocidas, por lo que holgaría enumerarlas aquí, las penosas e imprevistas consecuencias, tanto de tipo espiritual como material, que sufren algunos pueblos por la destrucción vandálica del árbol, consecuencias difíciles hoy día de contrapesar con las medidas repobladoras, cuyos resultados se muestran parciales y lejanos.

Si el árbol en sí, como ser biológico, como motivo estético y sentimental, como símbolo que hizo consagrar el pino a Cibeles y a Júpiter la encina, ofrece, además, alguna concomitancia especial con acontecimientos o figuras relevantes del pasado, entonces resulta doblemente merecedor de aprecio y respeto. Muchos fueron esos árboles que, como testigos de hechos históricos, adquirieron renombre universal, bastantes de los cuales consérvanse todavía



como verdaderas reliquias vivas de un pasado glorioso o sentimental. La nómina de ellos cabría encabezarla con los olivos de Gethsemaní, donde el Salvador se retiró a orar antes de subir al monte Calvario, algunos de los cuales todavía viven. Próxima a la tierra



Antiguo retrato de Hernán Cortés

palestiniana se halla la del Líbano, que conservan cedros de troncos milenarios otrora testigos de muchos hechos bíblicos. Y así podría proseguirse la enumeración, guardando el orden cronológico, de los casos más relevantes de árboles famosos evocadores de vidas trascendentes y recuerdos entrañables.

Algunos países europeos los muestran al viajero sintiendo en ello complacencia y orgullo. Así Francia con el llamado Roble de Carlomagno y el de Clovis en el bosque de Fontainebleau, que transportan el pensamiento a la época de los galos y de los francos,

y el Haya de Vincennes, a cuya sombra concedía audiencia el rey San Luis, rodeado de su corte, o todo aquél que se la pedía. En Inglaterra vive todavía el manzano llamado de Newton, en Woolsthorpe, bajo cuya capa descansaba el sabio matemático cuando la caída de uno de sus frutos le hizo descubrir la teoría conocida por ley de la gravedad. Alemania posee el Tilo de Neustadt, cerca del cual fue reedificada aquella ciudad bávara, árbol tan grande que ya en 1606 necesitó 82 columnas para sostener sus ramas, cantidad de apoyos elevada después a 106. Otro tilo muy venerado es el de Morat, en la ciudad suiza de Friburgo, plantado el día en que fue conocida la victoria de aquel nombre conseguida por los helvéticos el año 1476 sobre las tropas de Carlos el Temerario. En Italia es muy famoso el Castaño del Etna, que estuvo considerado como el árbol mayor del mundo antes de desgajarse por su pesadumbre, y del que se cuenta que sorprendida la reina doña Juana de Aragón por una tormenta se guareció bajo su fronda en unión de los cien jinetes de su escolta, por lo que fue llamado desde entonces «el castaño de los cien caballos». España no queda excluida de ese sílabo, pues también posee árboles de gran valor histórico, entre los cuales mencionaremos tres: el Pino de las Tres Ramas, cerca de la catalana Bergá, de gran significado tradicional en el reino aragonés porque a su sombra durmió, siendo niño, el monarca Jaime I el Conquistador; el Laurel de Zubia, que cerca de Granada protegió con sus ramas a la inclita reina Isabel la Católica, logrando así burlar la persecución de los moros, y el llamado Arbol de Guernica, la antigua villa vizcaína, heraldo de las forales libertades del país vasco.

En otras latitudes también perviven árboles históricos de impedecida fama. Gran valor sentimental ofrece el llamado Sauce de Santa Elena, en la pequeña isla atlántica de este nombre, del cual dijo Napoleón un día: «Si muero en estas rocas, que me entierren bajo uno de estos sauces», cumpliéndose la voluntad de aquél gran hombre que casi llegó a dominar al mundo, por lo que consérvase el árbol actualmente como monumento a su memoria. De América caben ser mencionados varios. Así en la República Dominicana la Ceiba del Almirante Cristóbal Colón, a la entrada de la ría del Ozamo, bajo la cual fueron amarradas las carabelas que descubrieron el Nuevo Mundo. Cuba tiene, entre otras ceibas famosas, la de la Plaza de Armas, en La Habana, que es descendiente de la antiquísima bajo la cual se dijo la primera Misa y se celebró el primer Cabildo, y la de la Trinidad, en la cual amarró sus bajeles Hernán Cortés. Finalmente, México conserva el famosísimo Arbol de la







de las taxodias, originaria del país azteca, a la que también se da el nombre de *ciprés calvo*, que llega a alcanzar cuarenta metros de altura, cubriéndose su copa de una hierba parásita llamada vulgarmente *heno*, que le da un curioso aspecto de cabeza cana, y se



El famoso árbol de la Noche triste, aun viviente

distingue por su gran longevidad, al punto que el célebre Humboldt le señala cuatro mil años de existencia. El ejemplar a que aquí nos referimos es comparable a los mejores entre cuantos en las montañas mexicanas forman extensos bosques de árboles muy apreciados por su excelente madera y también como elemento ornamental en los jardines. Tiene treinta y cinco metros de altura y su copa unos

diez de diámetro. En 1872 sufrió los efectos de un incendio, pero después se regeneró, y a comienzos del presente siglo se encontraba en completa lozanía, protegido su tronco con férrea verja. Más tarde vendría sucediéndose la serie de hechos causantes de su desmedro, con el consiguiente peligro de desaparición. Debido a su considerable vejez, el tronco se desgajó y quedó en parte carcomido, por lo que los técnicos en arboricultura advirtieron la necesidad de reforzarlo con inyecciones de cemento, lo cual se ha hecho en aquellos puntos de mayor peligro, cuyo relleno ha evitado su posible desplome. Más no ha sido solamente la edad extrema del árbol lo que ha motivado ese su menoscabo, sino que también deben señalarse otras causas coadyuvantes del mismo, todas ellas exponentes del que se conceptúa como moderno progreso tecnológico y urbanístico. Tales han sido la pavimentación del terreno que le rodea, lo cual dificulta el vital desarrollo de su raíces; la edificación de casas próximas, que privan al árbol de sol y ventilación, y la llamada polución atmosférica, originada por las impurezas de los vehículos de motor, con lo que el aire contiene a medida que transcurre el tiempo menor coeficiente de elementos indispensables para la respiración de los seres vivos, tanto animales como vegetales. Por si todo esto fuera poco, recientemente se le ha asestado un nuevo y duro golpe con la construcción del ferrocarril subterráneo metropolitano, que ha exigido cortar la conducción de agua cuya humedad alimentaba al árbol famoso. No es extraño, pues, que se augure su acabamiento a no tardar. Seremos muchos a quienes ese fatal vaticinio nos conturbe y aflija profundamente, y de aquí que hayamos de formular la siguiente interrogación: ¿No habría medio de conjurar la muerte del Arbol de la Noche Triste?.

*De*